

objeto principal, mejorar las costumbres ¿qué absurdos no habían de profesar cada una de las sectas protestantes, cuando habían de constituir su credo religioso, a cuya severidad se resisten las pasiones, como el libertinaje resiste la opresión, por prudente que sea, y cuando habían de discurrir por cuenta propia, pues a esto equivale interpretar las escrituras según el espíritu de cada uno o de cada secta, en un orden en el cual, fuera de Cristo, ni los grandes genios, ni los que pueden llamarse padres de las ciencias, lejos de formar un programa completo, si asentaron alguna verdad, fué con grandes temores acerca de su incertidumbre, de modo que más bien parecía un ensayo, que afirmación categórica, y sus dudas y sus temores y la infinidad de vaguedades morales y religiosas y los absurdos con que mezclaban alguna que otra de las verdades que llegaban a conocer, mejor que afirmación de filósofo, parecía una deprecación al Señor para que les enseñara lo que en ese orden debían saber? «Doce me justificaciones tuas».

Mas en el Catolicismo los diversos sentidos a que puede prestarse la Sgda Escritura y las dudas a que puede dar ocasión la Tradición están perfectamente subsanadas, porque el Señor lleno de misericordia entregó su doctrina a una institución, a la que revistió de su misma autoridad docente, para que siendo encargada de exponer las fuentes de la revelación, ésta llegase a nosotros con toda su pureza, en su verdadero sentido y, por consiguiente, sin temores de falsas o de arbitrarias interpretaciones. No es cada uno el que ha de formar el credo religioso, es la Iglesia quien lo propone, y, por lo tanto, es una para todos, porque para todos y por igual Dios reveló la doctrina de la salvación. Quien se extravía en el seguro y amplísimo horizonte de la fe, échese a sí mismo la culpa, porque no puede ser debido sino a despreciar la autoridad de la Iglesia que iluminada por Dios busca en la Escritura y en los Padres los dogmas y los propone a la creencia de todos. Desprecio que Dios tiene como hecho a su misma autoridad, y, por consiguiente, se haga caro, como se pagan los extravíos voluntarios en que solemos incurrir.

Es verdad que la Iglesia no da autoridad a la palabra de Dios, pero conoce por ella el hombre lo que El ha enseñado, y así quien quiera tener fe firme y segura ha de acogerse al magisterio de la Iglesia, como el niño se acoge a las enseñanzas de su madre.

Todo lo que Dios ha enseñado y la Iglesia nos propone, como enseñado por El, es objeto de nuestra fe religiosa, y sabiendo que la palabra de Dios es más dulce al oído que la miel al paladar y que es de más eficacia para curar las dolencias del alma, que medicina acreditada para sanar las enfermedades del cuerpo, y que ella sola es la que puede guiarnos por los caminos de la salvación ¿nos atreveremos a creer solamente lo que nos conveniga y a rechazar lo que nos imponga algún sacrificio, alguna mortificación en nuestra vida, la lucha contra nuestras pasiones? La fe para que sea beneficiosa ha de ser íntegra y completa. Si no se cree todo el dogma, caemos en la incredulidad, deja Dios de ser nuestra luz y nos exponemos a perdernos en el laberinto de nuestros propios juicios; cuando el Señor nos ha hablado, se ha dignado ser nuestro Maestro precisamente para llevarnos a la inefable salvación y felicidad del cielo, que a todos os deseo. Amén.

UN EXPENITENCIARIO